UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE MEDICINA

Revisiones · Investigación · Teoría

GACETA DE PSIQUIATRÍA UNIVERSITARIA

TEMAS Y CONTROVERSIAS

AÑO 3, VOLUMEN 3, Nº 4 **DICIEMBRE DE 2007**

www.gacetadepsiquiatriauniversitaria.cl

SIMPOSIUM GÉNERO VS. GÉNERO

"LOS HOMBRES TAMBIÉN SE EMOCIONAN": HACIA LA CONSTRUCCIÓN DE MASCULINIDADES PRESENTES[1]

(Rev GPU 2007; 3; 4: 437-449)

Michelle Sadler[2]

El artículo discute la emergencia de los estudios de la mujer, de los estudios de género y dentro de éstos la visibilización de estudios específicamente enfocados en las construcciones de masculinidades. Con el foco puesto en el análisis de los ejercicios y significados de las paternidades, se plantea que los estudios han sido abordados generalmente desde una perspectiva más negativa que positiva; es decir, desde los problemas que genera la ausencia del padre y no planteando una reflexión en torno a sus presencias. A partir de la observación de la participación de padres en los nacimientos de sus hijos/as en hospitales públicos de la ciudad de Santiago, se esboza una serie de reflexiones en torno a la construcción de masculinidades afectivas y presentes.

PRESENTACIÓN: VISIBILIZANDO LAS "LAGUNAS" EN LA INVESTIGACIÓN SOCIAL

Al hablar de masculinidades hay que, necesariamente, incluirlas en la categoría más amplia que es la de género. Y al hablar de la historia de los estudios de género debemos también hablar de la historia de las "lagunas" de la investigación social. Para ello comenzaremos –a modo de introducción– citando al célebre etnógrafo clásico, Bronislaw Malinowski. En sus *Confesiones de Ignorancia y Fracaso*[3] se lee: "Quizás la mayor dificultad que ofrece el manejo de un archivo de trabajo de campo, para el estudiante teórico, consista en formarse un juicio sobre la naturaleza de las lagunas

[1] El artículo resume las reflexiones surgidas en el marco de la tesis para optar al grado de Magíster en Estudios de Género y Cultura, Mención Ciencias Sociales (Universidad de Chile) de la autora, titulada "Los Hombres También se Emocionan"; Género y Escenario del Parto. La investigación se realizó en base a la observación participante del nacimiento de bebés en hospitales públicos de la ciudad de Santiago, y entrevistas a sus padres y madres entre los años 1999 y 2003.

[2] Antropóloga Social y Magíster en Estudios de Género y Cultura, Universidad de Chile. MSc en Antropología Médica, Universidad de Oxford. Directora Centro Interdisciplinario de Estudios de Género, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Chile. Email: msadler@uchile.cl.

[3] El texto es uno de los apéndices al volumen I de *Coral Gardens and Their Magic*, publicado el año 1935.

en que cualquier archivo abunda de forma natural. ¿Se deben a negligencia? ¿O a falta de posibilidades? ¿O al hecho de que realmente no hay 'nada que decir' sobre el asunto? (…) El principio 'nada que decir al respecto' tal vez sea la causa principal de que la antropología no haya progresado como es debido en su aspecto empírico; y es obligación del investigador de campo rendir cuidadosas y sinceras cuentas de sus fracasos e inexactitudes" (Malinowski 1975: 130).

Podemos leer este "nada que decir al respecto" como la invisibilización de ciertos tópicos en la historia de la investigación social, producto de particulares contextos socioeconómicos, ideologías de turno, intereses económico-políticos, entre otros factores macroestructurales que pautan lo que se puede y debe decir. En este sentido, se constata que las mujeres no fueron sujeto de investigación hasta fechas recientes. Fueron mujeres académicas quienes plantearon la invisibilidad analítica en que se encontraba el género femenino, dando origen a los estudios de la mujer. Estos estudios pronto mostraron limitaciones al universalizar y esencializar la categoría de mujer, por lo que se pasó a hablar de estudios de género. Si bien estos estudios superaron en parte las limitaciones de los anteriores, siguieron reproduciendo una visión fragmentada donde género aparecía en la mayoría de los casos como sinónimo de mujeres, y en muy pocos casos vinculados a lo masculino. Por ello, y sin desvirtuar los aportes de la primera línea de investigación en género, se puede plantear que muchos estudios "pecaron" por omisión, al centrarse principalmente en las mujeres y sus condiciones. Si bien esto fue muy necesario para avanzar en la disminución de las brechas de inequidad existentes entre hombres y mujeres, no resultó suficiente, y se probó necesario tomar en cuenta también la posición de los varones en los procesos que se estudian (Amuchástegui 1996, Hasbun 2003). Por tanto, la "fuente general de inexactitud" que mencionara Malinowski, se siguió repitiendo en distintas escalas, y las lagunas que una vez eran de las mujeres, también afectaron en algunos temas de estudio a los varones.

Hablar de género implica entender que las definiciones de mujer y hombre son construcciones socioculturales a partir de las diferencias sexuales (o biológicas), y que, por lo tanto, estas construcciones serán diferentes en cada contexto histórico-cultural. El concepto de género nos invita a hablar de hombres y mujeres singulares que habitan espacios determinados, más que de la mujer u hombre como esencias universales (Montecino, 1996:15). Y fue precisamente atendiendo al carácter relacional del concepto –el cual apunta a que lo femenino se construye en relación a lo masculino y viceversa– que se constató un vacío en la investigación social, a finales de los años 1970, con respecto a la carencia de estudios específicos acerca de la masculinidad. Este vacío pudo deberse a dos causas principales: "por el hecho de que las teorías sobre La Mujer habían reificado una imagen de Hombre dada por el uso del concepto de patriarcado como sistema universal y omnipresente, dibujando una silueta masculina estereotipada e idéntica para todas las sociedades; por el otro, el hecho de que desde muchas disciplinas como el psicoanálisis, la propia filosofía, la historia, "el hombre" aparecía como un sujeto incuestionable; preguntarse por qué ser un hombre contenía a toda la humanidad, con lo cual era imposible plantearse el asunto como un problema de género, y más aún la propia pregunta no podía siquiera modularse" (*Ibid*.).

En respuesta al vacío recién mencionado, a lo largo de la década de 1980 se produce, fundamentalmente en los países anglosajones, una serie de trabajos sobre la construcción social de la masculinidad, realizados en su mayoría por hombres que afirman sus vínculos con el movimiento feminista y con los desarrollos de la problemática de género. Estos "men's studies", surgieron en buena medida como resultado del avance de la teoría feminista, de la constatación por parte de numerosos autores de la invisibilidad en las ciencias sociales del varón como dotado de género, y de los cuestionamientos de los privilegios femeninos, provenientes de los mismos movimientos feministas (Viveros 2002). Entre sus objetivos principales se encontraban indagar en las características identitarias esenciales de los varones; reconocer la importancia que tiene su presencia en la configuración del orden patriarcal; abrir la posibilidad de redefinir las formas de asumir sus roles y de resituar su participación social en los ámbito público y privado; y plantear la necesidad de promover nuevas formas de relación consigo mismo y con los/as otros/as (Díaz y Gómez 1998).

MASCULINIDADES HEGEMÓNICAS EN ENTREDICHO

El concepto de masculinidad –al igual que el de feminidad– es inherentemente relacional. Es decir, existe sólo en contraste con la feminidad, e inserto en un marco cultural y social más amplio de actuación y legitimación de la diferencia. En este sentido, y siguiendo a Robert Connell (1995), se puede decir que una cultura que no trata a las mujeres y hombres como portadores de tipos de carácter polarizados, por lo menos en principio, no tiene un concepto de masculinidad en el sentido de la cultura moderna europea/americana. En la forma en que lo entendemos en nuestras sociedades, se tra-

ta de un concepto que es históricamente reciente (de unos cientos de años de antigüedad), y que presenta características comunes en distintos contextos, siendo posible identificar cierta versión de masculinidad que se erige en norma y se convierte en hegemónica, dando lugar a un modelo de masculinidad que no sólo oprime a las mujeres sino también a otras masculinidades subordinadas (Kimmel 1992; Connell 1995; Gutman 1996; Kaufman 1997; Viveros 2000; Fuller 2001). Así, se puede definir la masculinidad hegemónica como la configuración de la "práctica genérica" que encarna la respuesta corrientemente aceptada al problema del patriarcado, la que garantiza, o sirve para garantizar, la posición dominante de los hombres y la subordinación femenina (Connell 1995).

Este modelo de masculinidad hegemónica impondría mandatos que señalan –tanto para hombres como para mujeres– lo que se espera de ellos y ellas y constituye el referente con el que se comparan los sujetos. Toda versión de la masculinidad que no corresponda a la dominante sería equivalente a una manera precaria de ser varón, que puede ser sometida a dominio por aquellos que ostentan la calidad plena de hombres (Fuller 2001). Las identidades masculinas, entonces, se ordenan en relaciones de dominio y/o de subordinación con referencia al modelo hegemónico, como plantea Connell (1995).

En el modelo de masculinidad hegemónica los varones son por lo general descritos como seres promiscuos, sexualmente agresivos, arriesgados, descomprometidos con su propio entorno reproductivo, privados repetidamente de la libre y espontánea expresión de sus sentimientos de felicidad, angustia, dolor o miedo y del establecimiento de relaciones afectivamente cercanas y comprometidas con los demás (Amuchastegui 1996). Por ejemplo, el padre descrito en el contexto del patriarcado es un hombre distante emocionalmente de sus hijos/as, quien supone que la crianza y cuidado de éstos/as es tarea y responsabilidad femenina.

Concordamos con Mara Viveros, quien plantea que los estudios de masculinidad, en especial los temas como la paternidad, han sido abordados generalmente desde una perspectiva más negativa que positiva; es decir, desde los problemas que genera la ausencia del padre y no planteando una reflexión en torno a su presencia, es decir, sobre los valores, actitudes y expectativas de los varones respecto a esta experiencia. Poco sabemos de los padres presentes en los hogares, de las condiciones bajo las cuales éstos aceptan o rehúsan las obligaciones y tareas que llevan al desempeño de su rol paterno, y de los significados que estos varones le atribuyen a la paternidad (Viveros 2000). Gary Barker sostiene una posición similar, al advertir que en la investigación social los varones han sido generalmente retratados de maneras incompletas, y como aportes deficientes en la vida familiar. Estas conclusiones presentan sólo una versión de la historia, pues gran parte de estos estudios han sido realizados entrevistando sólo a mujeres. Conscientes de este sesgo, investigadores/as en años recientes han comenzado a incluir las percepciones de los varones de sus roles en las familias. Los resultados muestran a hombres más comprometidos en las tareas del hogar y cuidados de la familia de lo que se pensaba (Barker 2003).

RELATOS PARA AVANZAR EN LA CONSTRUCCIÓN DE PATERNIDADES PRESENTES

Estas maneras incompletas de retratar a los padres –a los que Barker alude– quedan de manifiesto en el siguiente caso, relatado por el historiador Thomas Laqueur: "A lo largo de las cinco semanas en que mi hija Hannah estuvo metida en una incubadora, las encargadas del hospital, en la columna de 'comentarios sociales' de su ficha, rutinariamente anotaban 'madre estableciendo vínculos' cuando mi esposa la visitaba, mientras que cuando aparecía yo ponían la frase afectivamente neutral de 'visita del padre'" (1992: 122). Y luego agrega: "Hablo como el padre de una hija con quien estoy vinculado por los 'hechos' de un amor visceral, no por los de una biología molecular de la reproducción. El meollo del asunto es que desde el instante en que la recién nacida Hannah –una bebé prematura de 1.430 gramos que nació por cesárea– se agarró de mi dedo (sé que esto se debió a un reflejo y no es una muestra de afecto) me sentí inmensamente poderoso, y antes de que eso pasara, sentí lazos inconcebiblemente fuertes con ella. Tal vez si hubieran estado presentes algunos practicantes de las variadas subespecialidades de la endocrinología, hubieran podido medir en mí oleadas de neurotransmisores y de otras hormonas, tan abundantes como las que acompañan el parto. Entonces, ¿cuál es la diferencia? ¿Con qué otra cosa puede uno sentir si no es con el cuerpo?" (*Ibid*: 124).

El testimonio de Laqueur nos invita a reflexionar sobre las demandas y necesidades de los varones, que giran en torno a la comunicación, a la expresión de afectividad, la reflexión sobre su propia sexualidad, al ejercicio de la paternidad y las relaciones con sus hijos e hijas, al replanteamiento de la competitividad intragenérica, entre otras.

Tomando como eje el ejercicio de las paternidades, los invitamos a continuación a compartir un día de observación en la sección de pre-partos y partos de un

hospital público de la ciudad de Santiago. La observación se sitúa en el marco de investigaciones que buscan develar posibles caminos de cambio en las construcciones de patrones hegemónicos de género, hacia la construcción de identidades de género más equitativas.

En este campo, las acciones que se orienten hacia la vinculación de varones a espacios que tradicionalmente les eran ajenos y que les permitan vincularse con sus dimensiones afectivas, parecen de especial importancia. En nuestro país, desde mediados de la década de 1990 se comenzó a fomentar la participación de los hombres en el nacimiento de sus hijos/as en hospitales públicos. Esta medida tiene como fines el prestar apoyo emocional a la mujer, fomentar la creación de vínculos tempranos en el núcleo familiar, y reducir la violencia intrafamiliar, bajo el supuesto de que conectando a los varones con esferas emotivas de sus vidas, se pueden generar cambios en el modelo de masculinidad hegemónica. Ello cobra sentido en el contexto de transformaciones sociales que buscan propender a una mayor equidad de género. En dos conferencias internacionales recientes, la de Población y Desarrollo realizada en El Cairo en 1994, y la Conferencia Mundial sobre la Mujer, realizada en Beijing en 1995, se planteó no solamente la necesidad de formular políticas, programas y actividades que permitieran transformar los roles y responsabilidades asignados a mujeres y varones en los diferentes espacios, sino también la obligación de promover y alentar la participación y la responsabilidad del hombre en todas las esferas de la vida familiar y doméstica. En particular, en el ámbito de la salud reproductiva se ha señalado la importancia de desarrollar las investigaciones sobre el papel de los varones, y se ha planteado que los indicadores de salud de la mujer y de los niños y niñas no podrán ser modificados sin cambios de comportamiento de la población masculina joven y adulta (Viveros 2002). Las recomendaciones de estas conferencias, entre otro motivos, tuvieron efecto en que buena parte de las investigaciones que venían llevándose a cabo en la región acerca de las identidades masculinas, se fueran volcando hacia el ámbito de las "intimidades". En especial, los estudios acerca de identidades paternas de los hombres han intentado penetrar el discurso de la masculinidad hegemónica para develar nuevas claves de análisis.

Les invitamos entonces a reflexionar en conjunto, en torno al siguiente relato. Se presenta al lado derecho el relato de la observación, y al izquierdo las reflexiones que surgen del mismo, apoyadas por testimonios u otras fuentes anexas.

El Relato: "Es el día más feliz de mi vida"[4]

Es un día miércoles de gris invierno, cae un poco de llovizna. Los miércoles vengo al hospital, pues es el día de turno del neonatólogo que me permite la entrada al sector de partos. Afuera hace mucho frío, pero dentro del hospital está templado. Son las 16:00 hrs. cuando llego, camino por un largo pasillo, que lleva hasta una zona con un patio interior. En el pasillo, sentados en banquetas, tres hombres tienen puesta una calcomanía sobre la ropa donde sus nombres están escritos. Llegaron aquí con sus parejas ya en trabajo de parto, y ahora esperan el nacimiento de sus hijos/as, en el cual van a participar.

Los saludo al pasar por el pasillo, y al ver que voy a entrar a la sección de "personal autorizado", dos de ellos se acercan a preguntarme si puedo averiguar algo sobre

Reflexiones "en voz alta"

El relato corresponde a un contexto de atención biomédica de parto, en este caso un hospital público de la ciudad de Santiago, que determina que las interacciones están normadas por el modelo biomédico, lo que implica que las decisiones están en manos del personal de salud, y donde la familia tiene poco o nada en qué incidir. En este caso, y como también ocurre en la gran mayoría de los hospitales, si bien la participación del varón en el parto se fomenta, se realiza sólo en el periodo expulsivo, y no se permite que acompañe a la mujer en el periodo de preparto.

Por la ansiedad de los hombres en tratar de conseguir información sobre sus parejas, pienso que no se les han entregado reportes continuos del proceso de trabajo de parto de sus compañeras. Con este hecho,

[4] Esta observación fue realizada en mayo del año 2002. La autora ha seguido realizando observación participante en hospitales tanto de Santiago como de otras regiones del país hasta la fecha, y se constata que la observación es representativa de algunos contextos de atención de salud que se dan en la actualidad. Sin embargo, es necesario destacar que algunos hospitales y centros de salud del país han desarrollado programas de integración del varón de gran sensibilidad, que incluye preparación para el nacimiento, lo que ha sido motivado por equipos de profesionales comprometidos como por esfuerzos del Gobierno para mejorar la calidad de la participación del padre en el proceso reproductivo.

el estado de sus parejas. Les pregunto por el nombre de las mujeres: Maribel y Gloria. El tercer hombre, al ver esta situación, se acerca y me da el nombre de su pareja: Cecilia. Les digo que voy a hacer lo posible por conseguir información, que me esperen, y entro a la pequeña sala de "personal paramédico femenino" que se encuentra entre la entrada a la sección de pre-partos y los box de atención. Me cambio la ropa por un pantalón y camisón verdes, sobre los cuales me pongo un delantal blanco. Guardo mi ropa en un casillero y salgo a encontrarme con el neonatólogo con quien voy a pre-partos. Avisa a las matronas y auxiliares de turno que voy a estar circulando durante la tarde; no les sorprende mi presencia pues llevo unos meses asistiendo los miércoles, días en que el personal de turno es siempre el mismo.

Pre-partos es una gran sala con una mesa y sillas al fondo donde se encuentran las matronas y auxiliares. Una gran puerta de entrada, ninguna ventana, luz artificial que da un tono amarillento. Por cada lado de la sala hay cinco subdivisiones, separadas por cortinas corredizas, cada una con el equipo necesario para atender a una mujer: camilla, monitor fetal, goteo intravenoso. Hay cinco mujeres en distintos momentos de su trabajo de parto. Una de ellas es Gloria, de 24 años, que ingresó a las 10:30 de la mañana; la auxiliar me dice que calculan que en aproximadamente una hora dará a luz. Gloria me pide que vea si su pareja está afuera, le digo que ya lo vi y que me preguntó por ella; tras lo cual me pide que le avise a él que ella está bien. Se queja de dolor y me toma la mano firme, me dice que está asustada, y que "hay una matrona que ella ha estado todo el rato pendiente de mí y me dijo que tenía que ser valiente, que no llorara, porque eso sube al bebé, y si yo me pongo nerviosa también." "¿Se sube?", le pregunto. "Claro, se sube pa'rriba, no baja, entonces yo trato de calmarme y no llorar con las contracciones".

Luego voy a hablar con Maribel y Cecilia, les pregunto a ellas cómo se sienten y a la matrona cuánto cree que falta para el parto. La primera llegó con su marido –Pedro– a las 8 de la mañana; a Cecilia la trajo Segundo, su marido, alrededor de las dos de la tarde. La dilatación de ambas avanza normalmente, los partos deberían ocurrir en el transcurso de la tarde.

Tras haber conversado con las tres mujeres, salgo a hablar con sus parejas, y les informo en qué está cada una de ellas. Pedro me mira y me dice: "¿Ud. no es doctora, no cierto?" Asiento, y le pregunto por qué hace esa pregunta. "Es que a uno no le dan información. La mayoría de los papás, el problema es que no le dan información. Yo estoy de las 8 de la mañana (ahora son las 16:30) y una pura vez en la mañana me dijeron que tuviera paciencia, y hace como tres horas yo fui a

y basándome en otras observaciones de hospitales, se comprueba la interrelación entre dos niveles en la participación del varón: uno institucional, que prescribe los procedimientos generales que se deben seguir; y uno particular, sin duda determinado en gran medida por el primero, pero que implica que el personal de atención tiene cierto nivel de autonomía para decidir los cursos de acción.

Las dificultades identificadas para la participación del varón se esgrimen, desde el personal de salud, en un círculo argumentativo sin fin que enlaza los dos niveles recién mencionados. A los varones sólo se les permite participar en el periodo expulsivo del parto, cuando la mujer ha sido trasladada desde la sección de pre-partos hacia los box de atención de partos. En los hospitales en que hemos realizado observación participante, la sección de pre-partos es una gran sala común para todas las mujeres que se encuentran en trabajo de parto, y los box de atención de partos son individuales y privados. A pesar de ser la sección de pre-partos una sala común, se cuenta con cortinas y/o biombos que separan los espacios entre cada cama y cada mujer, sobre todo para resguardar algo de privacidad en las examinaciones vaginales que se les efectúan. Estas mismas divisiones posibilitarían que se genere un espacio más o menos "privado" en donde una persona externa al personal de salud acompañe a la mujer.

Sin embargo, no se considera posible este acompañamiento, en opinión del personal de salud, por dos motivos principales: debido a la disposición espacial que impide la privacidad, y debido al elevado número de personas que circulan por la sección de pre-partos. Resulta paradójico que haya tantas personas en pre-partos, si justamente se quiere cuidar la "privacidad" de las mujeres. Creemos que el argumento de "privacidad" esgrimido desde el personal de salud refuerza el hecho de que el parto "pertenece" al reino biomédico, y busca justificar la exclusión de personas externas.

Durante el tiempo en que las mujeres gestantes permanecen en la sección de pre-partos, los familiares y parejas que las han acompañado al hospital deben esperar por periodos que usualmente superan varias horas, sin recibir información recurrente ni de calidad acerca del

preguntar, ¡y me dijeron que faltaba poco!". Y agrega: "Si uno pregunta, no le dicen nada, y la otra es que si uno pregunta mucho, se enojan y menos le dicen". Segundo agrega: "si se ve bien bueno este hospital, eso es lo único que van a tener que mejorar". Le pregunto si le han dado información, y concuerda con Pedro: "Hay que andar preguntando, y lo miran con mala cara".

Los invito a sentarnos en las sillas del pasillo, y a conversar. Les explico la naturaleza de mi trabajo en el hospital, que ayudo a un neonatólogo en la atención de partos en los cuales el/la bebé se deja en estrecho contacto con su madre y padre tras el parto. Se muestran muy interesados, y hacen muchas preguntas, algunas de corte médico, que no puedo responder.

Los tres varones esperan poder participar en el parto de sus hijos/as. Sólo uno de ellos –Pedro– tiene información detallada acerca de esta "participación", pues ha asistido a varias consultas prenatales con su mujer, y estuvo presente en el parto de su hijo anterior, ahora de un año y medio de edad. Al saber esto, los otros dos varones –Cristián y Segundo– se muestran muy interesados en la experiencia de participar en el parto. Cristián, de 22 años, será padre por primera vez, y Segundo, de 35, tiene una hija de 11 años, en cuyo parto no participó.

A ambos sus parejas les habían comentado que ahora los padres pueden entrar al parto, y que si ellos querían lo podían hacer. No habían asistido a consultas prenatales, y no habían recibido ninguna información más detallada sobre esta participación, hasta que llegaron hoy al hospital. Al recibirlos, el personal de turno les explicó que debían esperar en el pasillo y que iban a poder entrar al parto sólo si todo sucedía normalmente. "Lo vamos a venir a llamar cuando venga, pero si cualquier cosa se complica, no los vamos a poder dejar pasar", es lo que, en sus palabras, les habían dicho. Cristián preguntó si podía acompañar a Gloria hasta que fuera el momento del parto, y le dijeron que eso era imposible porque en pre-partos hay muchas otras mujeres, y hay que respetar su privacidad. "¿Ni un ratito corto?", "No, lamentablemente no se puede", fue la respuesta. "¿Y en qué momento uno entra?", "Cuando su guagua ya vaya a nacer". Ambos expresan tener muchas preguntas e inquietudes, y que les hubiera gustado que alguien se hubiera tomado el tiempo de responderlas.

Indago en la manera en que se les entregó esta información: ¿les preguntaron si ellos querían participar, si lo habían conversado con sus parejas, cómo se sentían con respecto a ello? La respuesta es "no". ¿Les explicaron en qué va a consistir su participación? "No". Pedro, que ya ha vivido la experiencia, relata su experiencia: "a uno lo llaman cuando a su señora ya la pasaron al lugar de los partos, que es otra sala, y le entregan ropa para po-

progreso del trabajo de parto de las mujeres. Los varones expresan haber estado muy nerviosos y angustiados durante el periodo en que esperaron dentro del hospital, desde que llegaron con sus parejas hasta el momento del parto. En este periodo, todos concuerdan en haber recibido menos información de la que esperaban, y de mala "calidad". Esto se refiere a que las respuestas del personal de salud apuntaban principalmente a decirles que no estuvieran nerviosos, que se calmaran, que tenían que tener paciencia y se les iba a estar informando del "estado" de sus parejas. Sin embargo, la información detallada de sus parejas pocas veces llegaba, y en muchos casos era también ambigua y confusa.

Apreciamos en los testimonios que la calidad y tipo de información entregada impide a los padres sentirse participantes legítimos del proceso en torno al nacimiento. En el caso de Cristián, él relata haber preguntado si podía acompañar a su pareja hasta el momento del parto, y le dijeron que eso era imposible porque en pre-partos hay muchas otras mujeres, y hay que respetar su privacidad. Otros testimonios de varones refuerzan este punto: "Me dijeron que no se puede entrar antes del parto, nadie que no sea del hospital puede. Sólo se podría hacer una excepción si es una mujer, por ejemplo la mamá de ella, porque ahí entran puras mujeres" (Alexis, 24); "Yo creo que lo que pasa ahí debe ser más de mujeres, porque me dijeron que hay puras mujeres y que así es no más" (Pablo, 30).

Para los varones, entonces, la razón de que no puedan entrar a pre-partos deja de ser exclusivamente un tema de infraestructura, y pasa a ser un tema cruzado por el género, donde hay espacios privativos para mujeres. Los testimonios revisados muestran cómo los padres comprenden que su presencia sólo es permitida en el momento del parto, y que el pre-parto es el espacio donde el hombre no puede entrar. Aun entre aquellos que desean participar, la experiencia queda limitada a asistir y no a compartir íntimamente todo el proceso que la mujer experimenta al parir. Tal comunicación refuerza las representaciones de género en que la salud reproductiva es concebida como privativa de mujeres. Los padres aparecen como alguien que va a "asistir" al parto, un espectador del producto final que es el/la hijo/a, y no como un integrante del proceso. De esta manera, no se cumple a cabalidad el propósito de humanización de la atención con la inserción de los padres como acompañantes, a pesar de haber sido implantada en la institucionalidad hace algunos años. Aún constituye una práctica que enfrenta dificultades y resistencias, impidiendo a los hombres ofrecer su apo-

nerse encima de la que uno trae. La otra vez yo me puse un delantal y una mascarilla, y me quedé esperando en la sala donde me vestí hasta que una señorita me vino a buscar. Tenía el corazón que se me salía del pecho, y lo que más me preocupaba era que no me fuera a caer desmayado de la impresión. De puro pensarlo, me daba una vergüenza… pero ahí no más, concentrándome para que todo anduviera bien. Y me llaman, y entramos a la sala donde estaba la Maribel, y ahí me di cuenta de que ya llevaba un buen rato ahí, porque todos estaban como diciéndole que tuviera fuerza y que pujara fuerte para que terminara de salir. Me dijeron que me pusiera al lado de su cabeza, y cuando ella me vio entrar ¡se puso tan contenta! Cuando llegué tenía una cara de dolor… como de estar empujando con todas sus fuerzas, y cuando me vio como que cambió por un instante la cara y se sonrió. Me agarró fuerte las manos y yo seguí diciéndole cosas pa'que ella sacara al Pedrito de adentro. En ese momento como que se me olvidó todo lo demás, y estaba ahí con ella ayudándola. Y de repente gritan que ya viene, y ¡sale! Lo veo cuando lo levantan todo moradito, y lo ponen encima de la guatita de ella, y nos ponemos los dos a llorar de una alegría, emoción, una cosa que no se puede contar. Y ahí lo vimos un poco, nos dijeron que estaba sanito, y se lo llevaron pa'dentro a limpiarlo. Yo me quedé un poquito más con mi señora, y me dijeron que saliera".

Les cuento que si hoy pueden entrar a los partos, se van a poder quedar un rato más largo con sus hijos/as y su señora; que después del parto el/la bebé se pone en el pecho de la mamá y se quedan los tres ahí unos 10 minutos, antes de que se lleven la guagua a examinación. La principal preocupación de Cristián y Segundo es de si van a poder "aguantar" ver el parto. Pedro los calma, y les explica que desde la cabecera de la cama no se ve directamente el parto, sólo ven cuando la matrona levanta al/a bebé, una vez que ya nació.

Entre estas conversaciones, sale el neonatólogo de pre-partos y me avisa que ya viene un parto. Se trata de Gloria. Mientras estuve afuera con los varones, le pusieron anestesia, y ahora la trasladan al box de atención. Le aviso a Cristián que esté alerta, que en pocos minutos lo van a llamar. Pedro y Segundo lo animan y abrazan, en un gesto de solidaridad. Paso a sacarme el delantal blanco, ponerme botas, gorro y mascarilla. Entro al pabellón, donde se encuentra la matrona que atenderá el parto, el neonatólogo, una auxiliar de pabellón, dos auxiliares mujeres de neonatología (¡y ahora además una antropóloga!). Todo este personal está vestido de verde, con mascarillas y gorros. El equipo de neonatología prepara la cuna y equipo para atender al/la bebé, y la matrona con dos auxiliares preparan la zona del

yo y de compartir el trabajo de parto como un proceso significativo del paso de la pareja hacia la maternidad y la paternidad.

Algunos varones habían participado anteriormente en partos de otros/as hijos/as, por lo cual su información era más acabada que para padres "primerizos". A pesar de esto, se identifica que la información entregada en los servicios públicos en que realizamos observación es escasa y poco profunda. Todos los varones habían recibido alguna información de sus parejas, quienes recibieron esa información en los controles prenatales, y algunos de otros varones y parejas en donde el padre ha participado en el parto.

En este sentido, no existe claridad en que la participación del varón efectivamente va a ser posible. Los testimonios de varones entrevistados y de sus parejas revelan la evidente carencia de información sobre el derecho al acompañamiento, lo que impide a los padres organizarse con relación a los cuidados de los/as hijos/as que quedan en casa y en relación a sus trabajos, para poder acompañar a sus mujeres durante el parto. Impide además que se preparen emocionalmente para un evento inédito en su experiencia como padre y como hombre, en una práctica nueva en la asistencia, que no corresponde al modelo de masculinidad hegemónica. Los hombres necesitan prepararse, ya sea solitariamente, ya sea en el diálogo con sus compañeras, sea en instituciones, para enfrentar las presiones que las representaciones tradicionales del género ejercen alejando a los hombres de los cuidados hacia su familia.

La masculinidad hegemónica impone ciertas normas que hacen que para los varones, a distintas escalas, no sea común expresar sus más íntimos sentimientos, expresar ternura, mostrarse sobrepasados hasta las lágrimas. Es por ello que se sienten nerviosos de lo que podrá suceder al presenciar el parto; surgen angustias como la de un posible desmayo, de no poder contener las lágrimas, conductas que les asustan.

parto. A Gloria, de espaldas sobre la mesa ginecológica, le levantan las piernas en 90 grados y apoyan sus pies en estribos. La "zona" del parto se cubre con paños verdes y azulosos, dejando a la vista los labios vaginales. Aplican desinfectante en la zona y la matrona corta la episiotomía. Yo le tomo la mano a Gloria, y con cada contracción le piden que puje con fuerza.

Tras unos 15 minutos, y cuando la cabeza del bebé ya se asoma, la matrona pide que le avisen al padre que entre. Cristián, quien ya se ha puesto la ropa "adecuada", entra, y le indican que se ponga en la cabecera de la camilla, apoyando a su mujer. Los ojos de Gloria están llorosos, esboza una sonrisa cuando llega su pareja, y le toma las manos firmemente, mientras gime.

El neonatólogo la alienta: "¡Ya no falta na, súper poco!", mientras la matrona repite rápida e intensamente "¡Puja, puja, puja, puja, puja, puja!" Agrega: "¡Sigue, sigue, solita tú, toma aire, tú, solita, ahora! ¡Puja, puja, puja, puja, puja, puja, puja, puja!". Entre tanto, Cristián dice: "¡Dale, dale, dale, dale! ¿Aguántate, ya?", en un tono cariñoso y dulce, y a la vez intenso.

La matrona, con voz fuerte, se dirige a Gloria: "A ver señora, escúcheme, tiene la mitad de la cabeza adentro y la otra afuera, tiene que pujar! Ya, a ver, papá, coloca tus dos manos aquí arriba sobre la guatita de ella y presiona". Cristián así lo hace, se oyen muchas voces dando instrucciones a la vez, hasta que el neonatólogo dice "¡Eso, ya, suficiente!". Mientras Gloria emite un gemido silenciado por las instrucciones que le indican que no debe gritar, la matrona dice "Ya, viene saliendo, y salió, ¿qué lo que es? ¡Un niñito!". El neonatólogo toma al bebé con un paño, lo limpia un poco, y lo apoya sobre el vientre de Gloria mientras cortan el cordón umbilical. Se dirige a Gloria y Cristián: "La forma de la cabecita es normal, por si acaso". La mano de la madre está sobre la espalda del recién nacido, y la mano del padre la acaricia y afirma al bebé mientras el médico limpia al bebé. Cristián toca tímidamente la cabeza de su hijo, ella hace lo mismo, y al instante él toma la mano de ella y la saca, como con temor de estar haciendo algo indebido. El neonatólogo los mira aprobando sus caricias, y levanta más la camisa de Gloria para que el bebé quede apoyado entre sus pechos: "Ya, ahora te lo vas a poner acá, echa todo pa' tras, todo hacia arriba (la camisa). Y ahora vas a poner tu bebé. La cabecita es normal, no te asustes, después cambia. Ahí para que puedan mirarse. Para que lo vean bien. Se ve bien, así que quédate tranquila, se ve bien tu guagua, mete la manito para que te sienta tu guagua, el papá también, eso, súper bien". Una auxiliar que mira muy atenta exclama: "¡Que es bonito!"

El bebé queda apoyado contra el pecho desnudo de Gloria, y tapado con un paño. Una mano de ella que-

Como ya mencionamos, el padre sólo ingresa al box cuando el bebé está a punto de nacer. Las interacciones que suceden en torno a su participación –y a la de la mujer parturienta– nos muestran la total carencia de autonomía o decisión en el curso de los eventos. Tanto madre como padre se limitan a seguir instrucciones y recibir información que entrega el personal biomédico.

Según los testimonios de los varones, la participación en el parto les "abre" la posibilidad de conectarse con la esfera emotiva de sus vidas, que es una dimensión poco explorada por muchos de ellos.

En sus relatos comprobamos que la participación en el parto produce fuertes cuestionamientos en sus definiciones de lo que significa ser hombre y ser padre. La intensa experiencia de participar en el parto abre la posibilidad para la reflexión y el cambio:

"La felicidad es una pequeña palabra para explicar mis emociones. Hoy espero que he vuelto a nacer como nunca antes. Hoy será recordado por toda la existencia. Hoy he sido papá, esposo, amigo y cómplice en esto que

da bajo el paño sosteniendo al bebé, mientras Cristián le acaricia la cabecita. Él toma con una mano la cabeza del recién nacido y lo observa detalladamente: observa su cabeza, espalda, y cara. Su otro brazo pasa por debajo de la cabeza de la Gloria y la toma de un hombro.

La pareja se mira tiernamente y se abrazan. El bebé está tranquilo, apoyado entre los pechos de ella, con una manito apoyada al lado de su mejilla, la cara de lado levemente orientada hacia la cara de Gloria. Ella suspira, sus ojos están llorosos. Él acaricia la cabeza del bebé con una mano, mientras él y la mujer susurran. Una mano de la mujer también acaricia la cabecita. Al parecer hablan de la forma de la cabeza –puntiaguda– y ella dice "si es normal, después se le va a poner bien". Siguen susurrando, el bebé está calmado, y de pronto estalla en llanto. La atención pasa de la conversación hacia el bebé en un instante: "¿Qué pachó?," pregunta Gloria, y ambos lo acarician con más intensidad. Cristián toca suavemente la espalda del recién nacido, y comenta lo peludo que es. La madre asiente y lo siguen tocando. Él hunde suavemente sus dedos en la espalda del bebé, palpando distintas zonas de su cuello. Acerca su cara a la del bebé y se ríe. El bebé sigue llorando, mientras el padre lo recorre con la mirada y el tacto. De la pequeña espalda pasa a uno de los bracitos y a la mano, y parece contar los deditos. Gloria se mece casi imperceptiblemente, intentando calmar al pequeño, con susurros dulces, dice "¡sigue llorando!", y tras unos segundos el padre acerca su cara a la del pequeño y remeda su llanto. "Ehehé", y ríe con ganas, casi emitiendo una carcajada. Tras este gesto, el bebé se calma y deja de llorar. La mujer sonríe; "Tenemos que buscarle nombre". Él asiente con la cabeza, mientras su vista está fija en la espalda del pequeño, que sigue tocando. Pasa la vista hacia la carita, y desplaza su mano desde la pequeña espalda hacia la cabeza, palpando suavemente con movimientos circulares. Ella tiene la vista puesta en el padre, y mira de reojo al bebé para ver que él está tocando su cabecita. Vuelve la vista al padre: "Dile a mi mamá que le avise a tu mamá"… y suspira exclamando suavemente "¡ah!", con los ojos en llanto.

Mientras susurran, Cristián sigue desplazando la vista por el bebé, en un momento acerca su oído a la boca de ella, luego toca la oreja del pequeño, la levanta, toca su espalda y levanta el paño para mirar su cuerpecito por ambos lados. El pequeño comienza nuevamente a llorar, y el padre lo arropa. Acerca su cara a la de Gloria, para mirar desde cerca la cara del bebé. Toca su bracito y le acaricia una mejilla. En ese instante el bebé se calla y abre los ojos, para volver al llanto en pocos segundos. Ella lo mece y sigue susurrando, él toca la espalda, nuevamente el bracito, llega a la mano y recorre los pequeños dedos.

es íntimo. Sólo quiero expresar o dejar estampada una emoción que perdurará por siempre" (escrito por un varón en un libro de comentarios del hospital).

El participar en el parto se transforma para los varones en una experiencia completamente nueva; "lo que sentí hoy no lo podría explicar ni asimilar con ninguna otra (experiencia) vivida antes". En la mayoría de los casos los hombres entrevistados no habían tenido antes acceso al parto, por estar restringido para ellos, o por ser padres por primera vez. Podemos aventurarnos a plantear que seguramente estos hombres han estado al margen de los hitos relacionados con la salud reproductiva de sus familias, por considerarse un espacio femenino. Por tanto, se encuentran ante un evento nuevo, que los llena de emoción.

"Fue una experiencia hermosa donde se ve que los hombres también se emocionan en momentos tan especiales como es el nacimiento de un hijo".

Este último testimonio ilustra lo que encontramos en diversos relatos: los hombres también se emocionan, y podemos agregar, también se pueden emocionar. El parto es un momento tan impresionante, que los autoriza para demostrar sus emociones; este permiso para expresarse los lleva a repensar esta esfera de sus vidas y su relación con su mujer e hijos/as.

Nos parece central analizar lo que ocurre con la percepción y valoración de las mujeres por parte de los varones tras el hecho de participar en el parto. Diversos relatos, tanto de varones como de sus parejas, hacen alusión a que tras el parto los hombres expresaron gran agradecimiento y admiración por la mujer (tanto por la propia compañera, como por la mujer en general) por el hecho de dar a luz.

Resulta interesante cómo algunos hombres revisan sus actitudes dentro del núcleo familiar, y aparece como un momento propicio para cambiar. En algunos testimonios encontramos que los hombres reconocen que no han sido "buenos" maridos o padres, y que ahora tienen una nueva oportunidad.

Puede que estos cambios posibles se relacionen con la necesidad por parte de los varones de expresar sus sentimientos, de entregar cariño. La masculinidad hegemónica impone a los hombres ser duros, no mostrarse demasiado emotivos en la socialización temprana de muchos de los varones que entrevistamos (como veremos más adelante), el padre aparece como una figura lejana y distante emocionalmente. En varios testimonios, los hombres describen a este padre con distancia y expresan querer ser diferentes con sus hijos.

Se calma otra vez, ambos padre y madre toman su cabecita y giran la cara para poder verlo mejor. Cristián levanta un poco el brazo que sostiene la cabeza de la madre, y ella puede ver mejor la cara del pequeño. El pequeño abre sus ojos y sigue tranquilo. Gloria pone cara de sorpresa: "Se hizo pipí parece". Las risas de la matrona y auxiliares devuelven la atención al escenario, al box, al entorno. Durante casi 8 minutos pareció no existir otro mundo que la burbuja creada entre el padre, madre y bebé. Cristián y Gloria por primera vez desplazan la vista al entorno, conectándose con las otras voces y diálogos.

La matrona de neo pide al bebé, explicándoles que le van a prestar la atención al recién nacido, y que más tarde lo volverán a traer con Gloria. Pregunta a Cristián si quiere ir a ver, él asiente, y va hacia un rincón de la sala donde comienza el "ritual" de la atención a recién nacido: la matrona primero limpia vigorosamente el cuerpo del pequeño con un paño, tras lo cual lo mide, pesa, le inserta sondas de aspiración por la nariz y boca para succionar mucosidades, lo toca por todo el cuerpo, pone una inyección de vitamina K en la pierna, la vacuna BCG (antituberculosis) en el brazo, y echa gotas en los ojos. Es una rutina por la que todos/as los/as bebés pasan, bastante violenta para cualquier espectador/a. El pequeño recién nacido llora intensamente durante toda la examinación, mientras Cristián mira atónito.

Luego piden a Cristián que salga, y ambos salimos del box de atención de partos. Lo abrazo y lo felicito, y con los ojos llorosos me dice: "Es el día más feliz de mi vida, lo más maravilloso de la vida es ver nacer a un hijo."

Paso a pre-partos, a ver cómo siguen Maribel y Cecilia. A Maribel ya le han puesto la epidural, y falta poco para que la lleven a la sección de partos. Gloria sigue dilatándose lentamente, la matrona dice que si sigue así, el/la bebé nacerá alrededor de las 8 de la noche. Salgo al pasillo, y está sólo Segundo, a quien le cuento sobre su pareja. Él me dice que Pedro debió salir a buscar a su hijo donde su madre, y a dejarlo donde su suegra, quien lo iba a cuidar por el resto de la tarde. A Pedro no le informaron oportunamente que falta muy poco para el parto; esperamos que alcance a volver para participar.

Media hora más tarde, pasan a Maribel a partos, y Pedro aún no ha vuelto. Lamentamos mucho que esto haya ocurrido, y nos damos cuenta de la importancia de entregar información de calidad –y oportuna– a los varones mientras esperan. Vuelvo a entrar, y le cuento a Maribel lo ocurrido. Ella lo lamenta mucho, y me pide que me quede con ella durante el parto. Así lo hago, y nace Milagros cerca de las 7 de la tarde.

A Pedro, durante las 9 horas que esperó en el pasillo del hospital, le entregaron información sobre el avance del trabajo de parto de su pareja en sólo dos ocasiones. Él se ausentó durante una hora para salir a buscar a su hijo, hora en la que su hija Milagros nació. En este caso, la falta de información oportuna incidió en que Pedro no estuviera presente en el nacimiento de su hija, hecho que él lamentó profundamente.

CONCLUSIONES: "LOS HOMBRES TAMBIÉN SE EMOCIONAN"

Los hombres que se presentan en el relato, llenos de afectividad que se refleja en el primer encuentro con sus hijos/as, son a menudo descritos como incapaces de vincularse amorosamente con sus familias. Muchas veces el mismo personal de salud bromea con respecto a su brutalidad, violencia, incapacidad de amar, entre otros factores. Asimismo, pese a la gran importancia de potenciar un encuentro de calidad, apreciamos múltiples problemas en el tipo de preparación que reciben las parejas para la participación del padre y en la información entregada.

Quisiéramos recordar el testimonio del autor Thomas Laqueur, que expusimos anteriormente: su hija Hannah permaneció durante cinco semanas en una incubadora. Cuando la madre la visitaba, el personal de salud anotaba "madre estableciendo vínculos", cuando él la visitaba, el comentario era el de "visita del padre". Concordamos con el autor cuando plantea que muchos de los debates actuales insisten que la categoría "madre" es natural, un dato del mundo fuera de la cultura, y que supone una mayor conexión con los/as recién nacidos/as que aquella del padre. Nuestras observaciones y entrevistas en hospitales hablan de un fenómeno similar, en el que al padre se le "permite" participar pero no se generan las condiciones óptimas para ello, ni se concibe que su presencia o vínculo sea tan importante como la de la madre.

En una tradición latinoamericana de *padres ausentes* o emocionalmente lejanos, se hace necesario reforzar los *lazos inconcebiblemente fuertes* a los que Laqueur alude, lo cual cobra gran importancia en contextos de elevados niveles de violencia intrafamiliar.

Como vimos, gran parte de los estudios que se han realizado tanto en el mundo como en América Latina acerca de las masculinidades han coincidido en plantear la existencia de una masculinidad hegemónica que, a través de mandatos, pauta lo que los hombres deben ser. El hombre, así, se construye en oposición a la feminidad, y como planteara Badinter (1992), en base a tres premisas fundamentales: *no soy mujer, no soy bebé, no soy homosexual*. El que *"los hombres no lloran",* es un claro ejercicio de este modelo de masculinidad, que aleja a los varones de la posibilidad de expresar ternura, de mostrar sus emociones. Estos mandatos, si bien sitúan a los hombres en una posición de poder, suponen muchas veces comportamientos autodestructivos y generadores de violencia hacia ellos mismos, las mujeres y los/as niños/as.

Es así como desde el paradigma de la masculinidad hegemónica, el padre se retrata como un hombre distante emocionalmente de sus hijos/as, quien supone que la crianza y cuidado de éstos/as es tarea y responsabilidad femenina. En los últimos decenios, el escenario en que se construyen las definiciones de género ha sufrido grandes cambios, y nos encontramos con que "lo que se supone por muchos y muchas que deben ser los padres, así como las identidades de los varones como padres, ha sufrido importantes variaciones" (Olavarría 2001: 44). Siguiendo a Olavarría, atendemos a que los mandatos de trabajar, proveer y ser jefes del hogar han sido sometidos a prueba, y los hombres se comienzan a cuestionar el sentido de su paternidad y las capacidades y recursos de que disponen. Sus propias subjetividades, las relaciones y prácticas con sus hijos/as y pareja se ven afectadas.

Como ya decíamos, se ha generado un interesante foco de investigación en América Latina en torno a las identidades paternas de los hombres. Sin negar la importancia de poner en escena estas temáticas, consideramos que muchos de estos trabajos se quedan entrampados en la misma definición de masculinidad hegemónica que buscan traspasar. Es decir, nos encontramos con una investigación que, como bien plantea Mara Viveros (2002), aborda el tema de la paternidad desde una perspectiva más negativa que positiva, desde los problemas que genera la ausencia del padre y no planteando una reflexión en torno a su presencia.

Creemos que en el nivel metodológico se pueden encontrar muchas claves para superar estas posiciones estigmatizadoras de los hombres. Por una parte, si pensamos en cómo se conduce la investigación cualitativa, en muchos casos existe una gran brecha entre el "trabajo de campo" propiamente tal y la generación de teoría. En muchos estudios las personas que recogen la información son diferentes de quienes luego la "transcriben" y de quienes la analizan. En este camino se pierde valiosa información que se relaciona con los contextos en que se generaron los contactos, y con todo el ámbito de comunicación no estrictamente verbal. Aquí, por ejemplo, cobra relevancia la observación etnográfica de los contextos en que los hombres interactúan, que permite contrastar sus discursos con las prácticas. Luego, hay estudios que describen a los hombres a partir de lo que las mujeres dicen de ellos, o exclusivamente desde sus propias voces, sin considerar la dimensión relacional por la que las identidades se construyen en un constante diálogo. Es imprescindible, a nuestro juicio, trabajar tanto con hombres como con mujeres para llegar a descifrar cómo se van construyendo y (re)definiendo identidades.

En el caso de temas que atañen a los espacios íntimos de las vidas familiares, es necesario plantearse preguntas metodológicas sobre cómo acceder a estos espacios de una manera "amorosa" que genere empatía y confianza. En este mismo sentido, se necesita de un largo periodo de contacto con los/as entrevistados/as, para construir confianzas, levantar velos y lograr pasar del nivel del "deber ser" al de las prácticas y significados tras los mandatos hegemónicos.

Para abrir la pregunta sobre la *presencia* de los hombres en las vidas familiares, observamos su participación en los nacimientos de sus hijos/as. En el recorrido nos encontramos con prescripciones institucionales que mantienen a los hombres alejados del pre-parto, esperando durante largas horas en pasillos sin ninguna comodidad, desinformados y muy nerviosos ante la posibilidad de participar en el parto. Saben que al entrar al parto deben *aguantar*, temen no lograrlo y pasar a ser visto como hombres *débiles*.

Nos encontramos con hombres, que sin haber recibido adecuada información sobre el avance del trabajo de parto de sus parejas, salieron al baño o a comer algo y se perdieron el momento del parto.

Descubrimos hombres motivados a participar en el parto, para *ver* el nacimiento de sus hijos/as, establecer vínculos con ellos/as, reconocerse desde su primer asomo al mundo, y para apoyar a sus compañeras en un momento que ellos saben es difícil, donde ellas se encuentran *solas*. Nos encontramos con mujeres motivadas a que sus parejas participen, para que *vean lo que realmente se sufre para ser madre*, y para apoyarlas en un angustiante momento en donde no detentan ninguna autoridad para injerir en el curso de los eventos.

Vimos hombres emocionados hasta las lágrimas al ver a sus hijos e hijas nacer y los observamos reconocerse con los/as recién nacidos/as.

Nos encontramos con hombres que, tras el parto, se conectan con lo divino y con su familia. Valoraron a la mujer, por el *acto heroico y sobrecogedor de dar a luz*, y a sus hijos/as, cuyo nacimiento le permitió conectarse con sus emociones. Hombres que *también se emocionan*. Hombres que, tras la experiencia de participar en el parto, expresaron haber sentido un *cambio*.

Descubrimos hombres que tuvieron padres ausentes, y que ahora quieren estar presentes. Hombres que cambian pañales, que distinguen los tipos de llantos de sus hijos/as, que llegan temprano a la casa para poder hacer dormir a los/as pequeños.

En suma, hombres presentes.

Hay quienes plantean que los hombres que comienzan a diferenciarse del modelo hegemónico aparecen más en un nivel de discurso que de práctica. Creemos que al interior de los hogares, muchas prácticas que llevan al ejercicio de paternidades más afectivas están ocurriendo, y quedan circunscritas en las esferas íntimas, sin socializarse en círculos más amplios pues existe una fuerte presión social por *ser verdaderamente hombres*. En este sentido, se refuerza en el discurso la adscripción a una masculinidad hegemónica, cuando en las prácticas hay efectivas transformaciones.

Consideramos que la participación en el parto se transforma en una instancia privilegiada para fomentar estas transformaciones, pues es un espacio donde a los hombres se les permite expresar sus emociones. En el contexto del fomento de prácticas que humanicen la atención de salud reproductiva, es un momento propicio para reflexionar acerca de las formas en que la participación del varón en el parto se lleva a la práctica. A nuestro juicio, el foco para un verdadero parto humanizado debe estar en la familia, sea cual sea su configuración, en un paso por dejar de reducir la salud reproductiva a la mujer/madre. Sin negar que su cuerpo es el que vive el proceso fisiológico de la gestación y el parto, se debe considerarse que su pareja también vive el proceso, en un nivel que por ser intangible, queda invisibilizado. Tanto la gestación como el nacimiento deben ser considerados de la competencia y responsabilidad tanto de la mujer como de su pareja y redes de apoyo. La presencia del padre debe ser vista como parte integral de la atención de salud reproductiva. Las maneras en que esto se pueda implementar pueden constituirse en un importante elemento para hablar de la salud sexual y reproductiva de la familia y de los varones.

¿Por qué es esto importante? Es importante trabajar la conexión entre reproducción y paternidad, ya que para los varones la paternidad se constituye en la principal (y a veces única) objetivación de su participación en el campo de la reproducción (De Keijzer 1998). El nacimiento es además un momento propicio y fructífero para la vinculación entre el padre y bebé (Kennell y Klaus 1998), así como para su vinculación afectiva con la mujer. La participación de los padres en salud sexual y reproductiva, y en los procesos relativos al cuidado y crianza de sus hijas e hijos traen beneficios para los niños, la madre y para el hombre mismo, como lo han demostrado diversas plataformas y autores/as, por lo cual se nos presenta el desafío para la promoción de paternidades más afectivas, equitativas y comprometidas.

Siguiendo las ideas vertidas en la Conferencia de El Cairo (1994), podemos decir que este desafío se formula no sólo a los hombres sino también a la sociedad en su conjunto, en términos de las condicionantes culturales que establecen roles y estereotipos sexuales, y que jerarquizan las relaciones entre los sexos; al Estado,

en lo que concierne a su voluntad política, para operar cambios a nivel legislativo, económico, educacional y de servicios, que posibiliten el ejercicio de los derechos antes mencionados. Hablar de responsabilidad y participación masculina se constituye en una propuesta e invitación a vivir una sexualidad más saludable y plena para mujeres y hombres; compartir la riqueza del espacio afectivo que brinda la cercana relación de crianza y educación de hijos/as; compartir las responsabilidades económicas vinculadas a la crianza y educación de hijos/as; y establecer relaciones de comunicación y respeto entre ambos (Foro Abierto de Derechos Sexuales y Reproductivos 1995).

Y, para cerrar, una cita de Sonia Montecino: "El desafío parece ser el de la creación de nuevos espacios y rasgos diferenciales que no supongan desvalorizaciones por estar asociados a un determinado género. Pero eso nos enfrenta a un problema de re-elaboración cultural, de cambio civilizatorio y de proyectos sociales globales que 'piensen' a mujeres y hombres en un universo de complementariedades y de solución a las inequidades sin hacer tabla rasa de la necesidad de una identidad personal, social, humana; de un sí mismo que requiere respeto a su singularidad. Nos enfrenta así a la necesidad de una fisura en los modelos sociales, a una abertura fundamental, a una reflexión que explore si el acento colectivo se pone sobre lo homogéneo o sobre lo diverso" (1996: 17). Una oportunidad de fisura, como hemos planteado, se encuentra en el fomento de instancias que vinculen emocionalmente a los hombres con sus familias: "la paternidad, al igual que la relación de pareja, se nos sigue ofreciendo como una excepcional oportunidad para la reflexión, el placer y el cambio" (De Keijzer 2000: 237).

Los hombres también se emocionan, y es necesario fomentar espacios donde se permita esta expresión.

REFERENCIAS

1. Amuchastegui A. (1996). El Significado de la Virginidad y la iniciación sexual, En: Szasz I, Lerner S. (comps.). *Para Comprender la Subjetividad, Investigación Cualitativa en Salud Reproductiva y Sexualidad*. México: El Colegio de México, Centro de Estudios Demográficos y de Desarrollo Urbano
2. Badinter E. (1992). *XY: La Identidad Masculina*. Barcelona: Alianza
3. Barker G. (2003). *Men's Participation as Fathers in the Latin American and Caribbean Region: A Critical Literature Review with Policy Considerations*. World Bank (final draft)
4. Connell R. (1995). *Masculinities*. London: Polity Press
5. De Keijzer B. (1998). Paternidad y transición de género. En: Schmuckler B, Langer A (eds.). *Familias y relaciones de género en transformación*. México: The Population Council-Edamex
6. —— (2000). Paternidades y Transición de Género. En: Fuller (ed.) *Paternidades en América Latina*. Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú
7. Díaz AM, Gómez F. 1998. *Los Derechos Sexuales y Reproductivos de los Varones, una reflexión acerca de la Masculinidad y los Derechos*. Santafé de Bogotá: Profamilia
8. Foro Abierto de Salud y Derechos Reproductivos. 1995. *Participación y Responsabilidad Masculina en la Sexualidad, Reproducción y Crianza*. Conferencia Internacional de Población y Desarrollo, El Cairo 1994. Santiago de Chile
9. Fuller N. (2001). *Masculinidades. Cambios y Permanencias*. Perú: Pontificia Universidad Católica del Perú
10. Gutmann M. (1996). *The meanings of macho. Being a man in mexico city*. Berkeley: University of California Press
11. Hasbún J. (2003). *Salud Sexual y Reproductiva de la Mujer: Asunto tanto del Hombre como de la Mujer*. Instituto Internacional de Investigaciones y Capacitación de las Naciones Unidas para la Promoción de la mujer INSTRAW
12. Kaufmann M. (1997). Los Hombres, el feminismo y las experiencias contradictorias del poder entre los hombres, En: Valdés, Olavarría (eds.). *Masculinidades*. Santiago: ISIS / FLACSO
13. Kimmel M. (1992). La producción teórica sobre la masculinidad: nuevos aportes. En: *Fin de siglo, género y cambio civilizatorio*. Ediciones de las Mujeres nº 17. Santiago: ISIS
14. Klaus M, Kennell J. (1978). *La Relación madre-hijo*. Buenos Aires: Editorial médica Panamericana
15. Laqueur T. (1992). Los hechos de la paternidad. En: *Debate Feminista*. Año 3, vol. 6, septiembre
16. Malinowski B. (1975). Confesiones de ignorancia y fracaso. En: Llobera J. (comp.). *La Antropología como Ciencia*. Barcelona: Anagrama
17. Montecino S. (1996). De lachos a machos tristes: la ambivalencia de lo masculino en Chile. En: Montecino S, Acuña ME (comps.) *Diálogos sobre el Género Masculino en Chile. PIEG*, Universidad de Chile. Santiago de Chile: Bravo y Allende, pp. 14-26
18. Olavarría J. 2001. *Y Todos Querían ser (Buenos) Padres. Varones de Santiago de Chile en Conflicto*. Santiago de Chile: FLACSO-Chile, Lom Ediciones
19. Viveros M. (2000). Paternidades y masculinidades en el contexto colombiano contemporáneo, perspectivas teóricas y analíticas. En: Fuller N. (ed.). *Paternidades en América Latina*. Perú: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú
20. —— (2002). *De Quebradores y Cumplidores*. Colombia: CES, Universidad Nacional, Fundación Ford, Profamilia.